

Lo que queda del 18 de Julio

Francisco Umbral

18 de julio

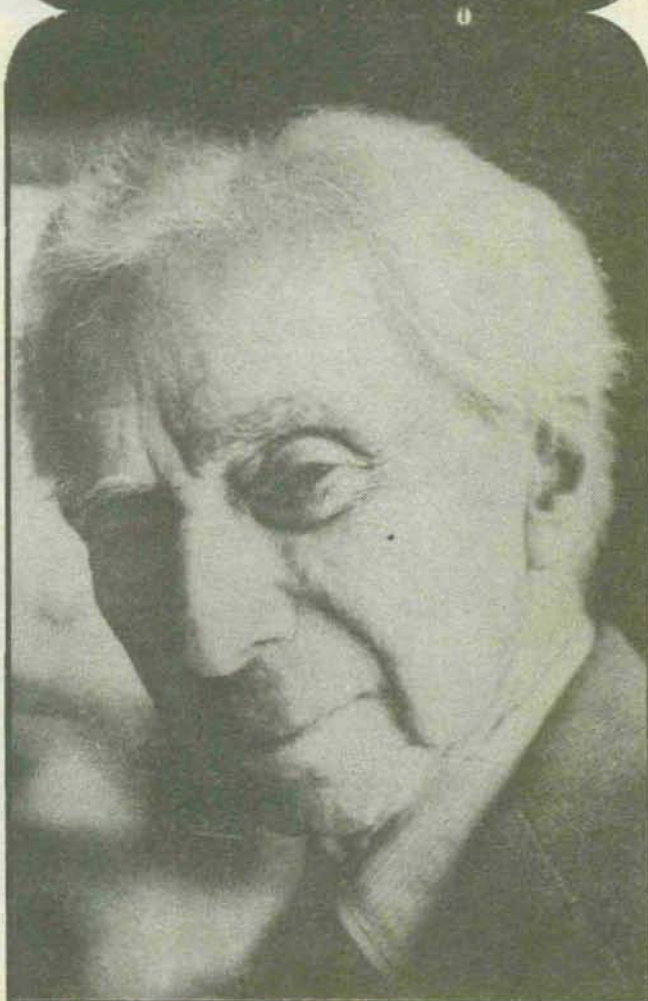
Van seguros, firmes, intrépidos. Nada podrá detenerles. El manto de la Victoria flota sobre sus cabezas. Van a vencer. Vencer para conquistar la paz. Ese 18 de julio traerá el 1.º de abril y con él, la viva reanudación del trabajo, la gloria de las espigas, el canto del martillo, la espiral de humo de la fábrica. Esperanza, libertad, grandeza.



EL 18 de julio del 36 supone en España un salto atrás, mendeliano, no sólo histórico, en cuanto que la psicología nacional, y seguramente también la biología colectiva, deciden abandonar los bienes de la civilización y la paz para instalarse en las artes letales de la caza y la guerra. Así, podemos considerar que, en 1936, España, obligada por uno de los bandos, se instala en su prehistoria. Hay cuarenta años de glaciación y ahora hemos estrenado una corta Historia de cinco o seis años (amenazada ya por otra glaciación). El 18 de julio, aquel 18, nos ha marcado ya para siempre, como a la humanidad toda el diluvio universal o el paso de Cristo por la tierra. De aquel mendeliano salto atrás, aún no nos hemos repuesto. Algunos, como el guardia Tejero, presentan síntomas atípicos del más típico de nuestros males: el golpismo, el cesarismo.

La última clase de guerra que vamos a considerar es la que yo he llamado «guerra de prestigio». El prestigio es rara vez más que un elemento de las causas de la guerra, pero con frecuencia es un elemento muy importante.

Bertrand Russell



Bertrand Russell (1872-1970).

¿GUERRA DE PRESTIGIO?

En cierto modo lo fue, aunque no se refiera a eso Bertrand Rusell.

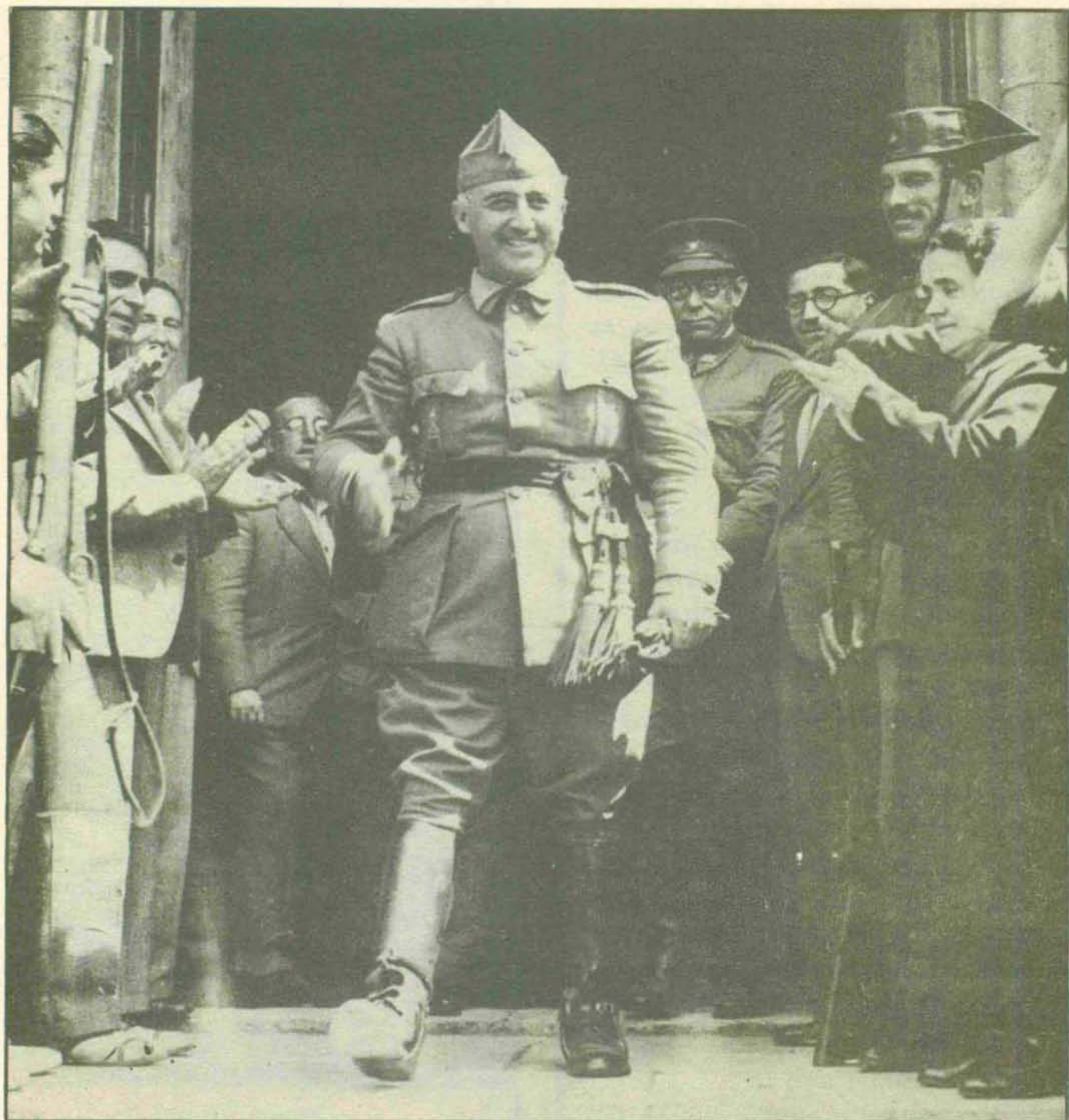
Ha dicho Tuñón de Lara que nuestro Ejército, devuelto de las campañas coloniales, se queda sin misión. Esto lo resuelve Gran Bretaña —«mal de la India»— haciendo a sus oficiales solubles en el té de las cinco y la prosa de Virgilio

Woolf. O sea, de una manera civilizada. Cuando escribo este artículo, la señora Thatcher acaba de sancionar severamente a una altísima personalidad marino-militar de su país. Qué lección para Camilos nacionales. El «mal de Africa» —OAS—, lo resolvió De Gaulle mediante «la grandeur», intercambiando un prestigio por otro. También hábil-

mente. El mal de Africa, el mal de Cuba, el mal de Filipinas, todos esos males, siguen latentes, como virus exóticos y sentimentales, en parte del Ejército español. Lo dijo Eugenio Noel, viendo al personal que iba a los toros:

—Y mientras tanto hemos perdido las colonias.

Noel no era precisamente un integrista, de modo que su



El general Franco en Burgos, tras ser designado por sus compañeros de armas, jefe de los insurrectos. (Detrás suyo, el general Mola).

frase revela bien, desde la izquierda bohemia, el sentimiento general de «desprestigio» que destañaba sobre los españoles el 98, y de manera especialmente sombría sobre los militares. No sé si se ha considerado suficientemente que Franco, con su alzamiento ilegal del 36 (o su aportación definitiva al mismo), devuelve al Ejército un prestigio, una misión,

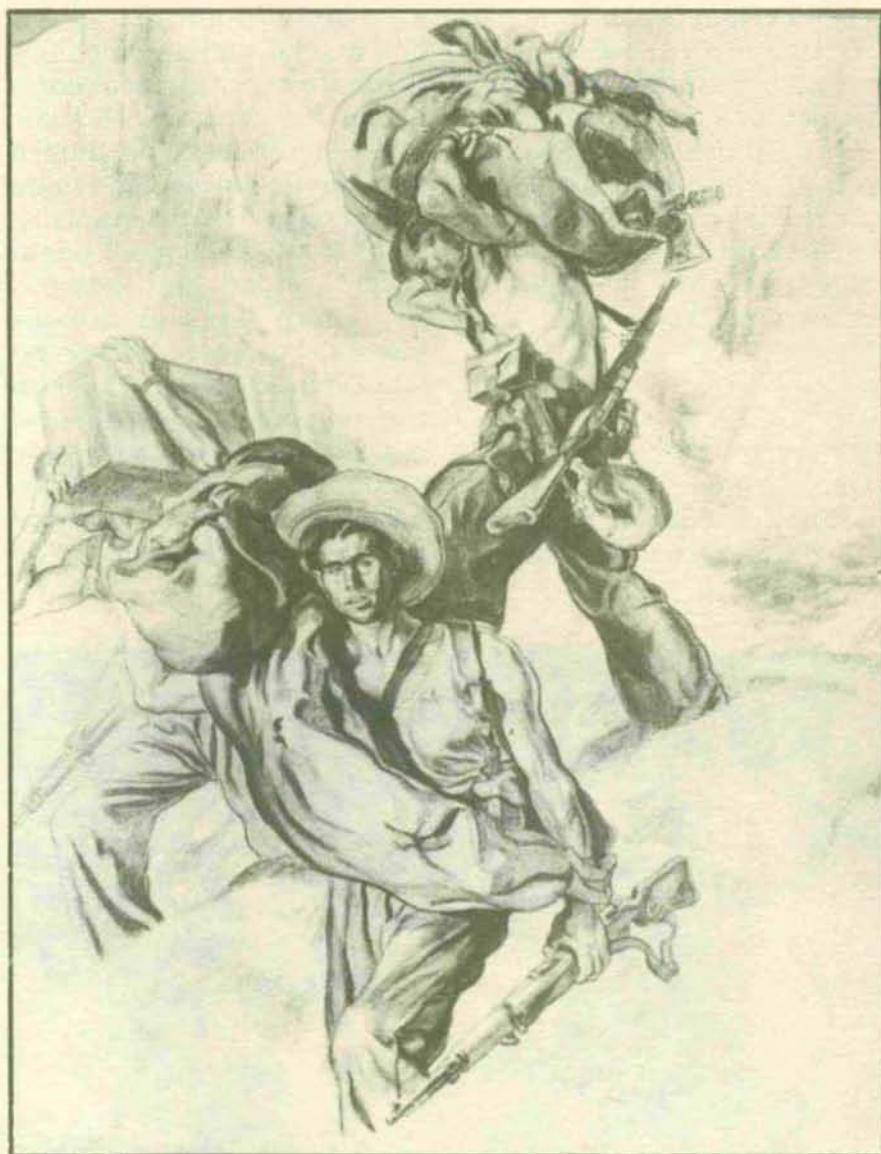
una victoria, finalmente (victoria, al menos, para su Ejército), que estaba siendo una necesidad sociológica. Dando por supuesta toda interpretación materialista de la Historia, válida especialmente cuando se trata de un hecho tan **material** como una guerra (cheques de March, presión oligárquica, etc), podemos vacar seguidamente a considerar las

complejidades menores de tan descomunal caso; frente a las reticencias antimilitaristas de Azaña, Franco era el hombre que venía a resolver dentro del Ejército una crisis de conciencia profesional que nadie se había preocupado de solventar intelectualmente, culturalmente, con perspectiva histórica. Guerra de prestigio, sí, entre otras muchas cosas, aquella

guerra civil; pero no de prestigio nacional (que es a la que se refiere Russell), sino de prestigio del Ejército mismo, que se siente «desprestigiado», aunque nadie le haya insinuado tal. Excepto, como digo, algunas reticencias —oficiales, eso sí— de Azaña.

NUEVA CRISIS DE IDENTIDAD

Nuestro Ejército ha vivido cuarenta años de las rentas psicológicas y corporativas de una guerra efectivamente ganada. Muerto Franco, y aparte las presiones e intoxicaciones del postfranquismo prefascista, en algunas áreas del Ejército reaparecen esos vacíos de misión, esas lanchas, esa difusa conciencia de «desprestigio», pues el valor, en el Ejército, no sólo se le supone al soldado, sino que hay que demostrarlo continuamente, según parece. Hay aquí una hipertrofia psicológica sobre la ética y la estética militar que la sociedad y los intelectuales y políticos no se han ocupado



Una ilustración, alusiva a la guerra civil, del pintor y dibujante Carlos Saenz de Tejada.



Eugenio Noel (1885-1936).

nunca de poner en claro, cosa que hubiera sido tan fácil, máxime respecto de un Ejército que viene teniendo, a través de los siglos, uno de los historiales más ruidosos que pueda presentar nación alguna.

De ese historial, naturalmente, viene la «depresión» que lleva a algunos soldados, ilustres o no, a necesitar un 18 de julio periódico, un eterno retorno del 18 de julio, anterior y posterior al del 36, que puede hasta tomar la forma larvada y pintoresca del tejerazo, también conocido ya como «el glorioso meneo», por paralelismo con el Glorioso Alzamiento así llamado. De estas cíclicas



Luis Felipe Vivanco (1907-1975).

crisis de identidad de nuestro Ejército (de una parte grande o pequeña, según los momentos), yo no creo que sea culpable el Ejército mismo, sino una sociedad que no ha sabido compartir con él, como la británica, el te de las cinco y la simpatía de Virginia Woolf.

LA PAGA

¿Qué es hoy el 18 de julio para los españoles? La paga, una paga extraordinaria.

Y hasta tal punto, esta inercia, que no ha parecido conveniente sustituir la recompensa dineraria del 18-J por otra recompensa que viniera a subrayar otra fecha. Puede que la paga del 18-J quede ya en el santoral español como la de Navidad. Pero esta paga, como los numerosos puentes laborales (mejor, no laborables) que decoran e interrumpen nuestro calendario, es dato menor por el que podemos entrar en la filosofía de lo social que tenía el Régimen que nació del 18 de

julio. Las empresas bancarias, por ejemplo, donde yo he trabajado de botones en mi adolescencia, no condescendían a ninguna ventaja social para los empleados, cuando estas cosas les eran exigidas más o menos cariñosamente por aquel sindicalismo incorporado e incorpóreo. En cambio, nos sorprendían con graciosas gratificaciones «de beneficios», o cosa así, siempre que había tensiones internas en la empresa o en la vida española. A la superpaga de invierno que precedía o sucedía a la de Navidad, la llamábamos «la bufanda».

Paternalismo, naturalmente, que era lo recomendado o patrocinado por Franco. Asimismo, apenas se respetaba la jornada de ocho horas, que casi siempre eran diez o doce, pero luego venía la fiesta de los «puentes» en collar, con lo que, realmente, el obrero español no hacía más horas anuales que el europeo, sino seguramente menos. Pero gracias a graciosas concesiones, no a eficaces gestiones de clase o sindicato. El Régimen del 18 de julio, cuando pudo ponerse generoso con el proletariado, lo hizo en grado mínimo, y siempre, sobre todo, sin comprometerse a nada, guardando las distancias, reservándose la posibilidad de retirada o vuelta a la austeridad, dejando sentado que todo se nos daba «por añadidura».

Esto, sobre la ventaja económica, tenía la ventaja de promover la gratitud de un pueblo que, un poco como el del antiguo Egipto, ya sólo esperaba tierras en el cielo, porque había renunciado resignadamente a las de la Tierra. Así pues, cuando hago el psicoanálisis de la paga del 18 de julio, o reduzco aquella



Franco, durante uno de los «Desfiles de la Victoria», celebrados bajo su Dictadura.

fecha a una paga extraordinaria, no estoy incurriendo en costumbrismo ni reduccionismo, pues lo que quiero decir es que la paga del 18 no era ya tanto la conmemoración tangible de una fecha militar como la perpetuación de un sistema de premios y castigos.

EL DESFILE

Otra cosa que era y es el 18 de julio es un desfile militar por la Castellana.

No sé si alguna vez se celebró el desfile en el tal día 18, dado que la fecha es demasiado calurosa y un tanto despoblada. Se ha preferido siempre el primero de abril, día de la victoria de Franco (y hablo en presente porque el protocolo sigue, con otras denominaciones), y se ha celebrado el desfile, si no el uno de abril, en los alrededores del calendario, pero lo cierto es que, en la mitología del Alzamiento, siempre ha tenido más fuerza, curiosamente, el 18-J que el 1-A, y de aquí podemos deducir asimismo el carácter subversivo, aventurerista, de aquella asonada.

Cuando la violencia sólo se justifica por sí misma, los protagonistas siguen remitiéndose inconscientemente al origen de la violencia, que les conmueve más que la victoria misma. Lo significativo y gratificante, para ellos, es que fueron capaces de alzarse. Se diría que la victoria estaba incluida ya en el alzamiento.

O sea, que el llamado Desfile de la Victoria (del cual daba los más brillantes reportajes gráficos la **Gaceta ilustrada** de Suárez Caso), tuvo siempre (y sigue teniendo) un sabor muy 18 de julio, al mar-



Ilustración de Carlos Sáenz de Tejada.

gen de la fecha en que se celebrase. Lo que ha marcado a los españoles, como decíamos al principio, fue el comienzo de una guerra civil. Curiosamente, más que el final.

SAENZ DE TEJADA

Recientemente, en un restaurante madrileño, se me acercaba un caballero identificándose como Sáenz de Tejada, hijo del famoso, y prodigioso, dibujante de la Cruzada. Esto, con motivo de haber escrito yo algo so-

bre el arte de su padre y el cartelismo de la guerra.

La guerra, para mí, fue un cartel: una cabeza de soldado con casco, perejil y paloma, en una esquina de mi calle. La guerra había terminado o estaba terminando y yo tenía tres o cuatro años. Luego, con mi pasión por el dibujo (durante toda la adolescencia me soñé dibujante), las ilustraciones de Sáenz de Tejada—entre un Greco falangista y un Durero franquista—, me fascinaron hasta el punto de que tengo escrito que Franco, además de no merecerse intelectuales como algunos que le asis-



Dionisio Ridruejo (de pie), durante un mitin falangista. A su derecha, sentado, el hermano de José Antonio, Miguel Primo de Rivera.

tieron en la primera hora, no se merecía un ilustrador tan importante para su guerra. Es lo que dijo Eugenio d'Ors ante cierto vacío que le había hecho el Caudillo:

—Yo no soy Goethe, pero tampoco él es Napoleón.

Sáenz de Tejada no era Duro, pero tampoco el infierno guerracivilista de Franco era el **Infierno** del Dante. El 18 de julio tiene su máximo es-

tilizador en Sáenz de Tejada, que acierta a crear una confusión armónica y espigada de madres, soldados, niños, requetés, moros, regulares y arcángeles que, ya por su como sublimidad, más la luz misteriosa y germinal que a todos alcanza, se delata, empero, como invento idealista, muy lejos de cualquier entendimiento dialéctico de la Historia y el pueblo.

El 18 de julio no es un concepto. Nada es un concepto. El hombre no ha pensado nunca sino mediante imágenes. Hegel y Kant recurren constantemente a la metáfora filosófica, por pudor de la metáfora literaria. Los antiguos, más ingenuos —dice Tierno Galván que «todo pasado es ingenuo»—, pensaban directamente en imágenes. Y por eso —Heráclito—



«Mitad monjes, mitad soldados». Ilustración de Sáenz de Tejada.

acertaban más. Bertrand Russell (bajo cuya advocación, no sé por qué, parece que ha entrado este trabajo), observa que si Heráclito hubiese vivido en climas fríos donde los ríos se hielan en invierno, no habría concebido el Universo bajo la máxima de que «todo fluye». El empirismo tiene razón en esto y nos revela, efectivamente, hasta qué punto el pensamiento general del mundo es un pensamiento particular, local.

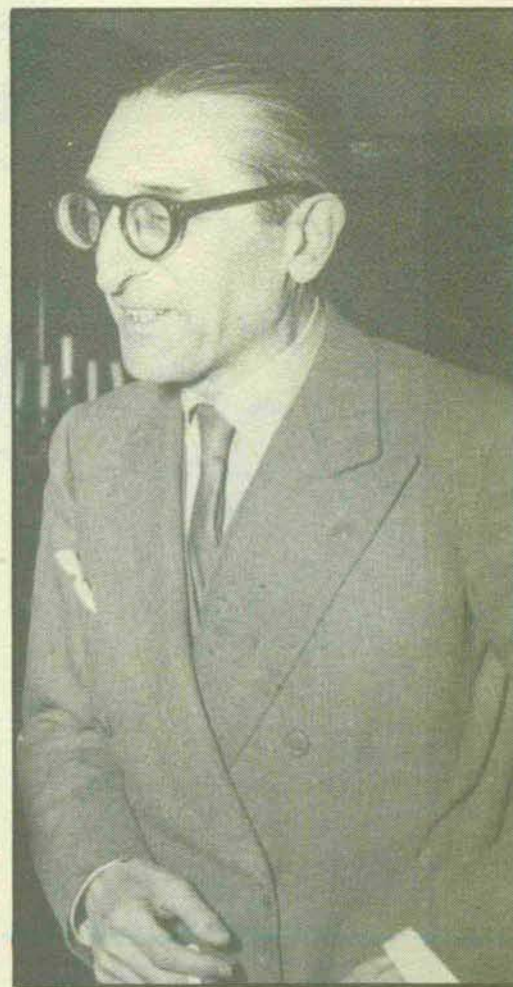
Pero el 18 de julio es menos concepto que nada, porque no nace de ningún concepto moral, filosófico, espiritual

previo, y la mayor justificación psicológica que hemos podido hallarle (al principio de estas páginas) es la de «guerra de prestigio». Ya que no un concepto, el 18 de julio fue, es y seguirá siendo para muchos españoles, una imagen, **sublime** o siniestra. La imaginería sublime nos la dio mejor que nadie, a la gente de mi generación, Sáenz de Tejada, que no en vano ilustraría más tarde, en los tontos y lluviosos cincuenta, y yo creo que hasta su muerte, el huecograbado poético-dominical de ABC, donde con frecuencia publicaban los poetas del «falan-

gismo liberal» de la primera hora, y hombres afines, como Luis Felipe Vivanco. Por mucho o poco que me gustase el poema de cada domingo, el ángel que lo sobrevolaba siempre era el ángel del 18 de julio. Fatal.

EL «CARA AL SOL»

Si Sáenz de Tejada (aparte convicciones personales en que no entro) fue el estilizador plástico del 18 de julio (de lo que hoy llamaríamos «el espíritu del 18 de julio»), el «Cara al sol» del maestro Tellería fue su estilización musical. Tengo escrito que allí donde termina el racionalismo de la palabra, comienza el irracionalismo de la música. Los nazis prehitlerianos movían a las multitudes, no mediante



Rafael Sánchez Mazas (1894-1966).

ideas, sino mediante himnos. Otro tanto hizo aquí José Antonio Primo de Rivera, preparando el convencional lirismo de lo que luego sería el 18 de julio.

Hay como una curiosa afinidad estética entre el himno de Falange, bello en sí mismo, y la estética de Sáenz de Tejada. Hablo de estas cosas, de estos «sintagmas», porque me parece que son lo que ha calado —mucho más que los letárgicos discursos del Caudillo— en el franquismo sociológico de cuarenta años, dando un confuso cimiento estético a lo que no era sino una vaga esperanza de mejora práctica de la vida.

El «Cara al sol», en el que, como se sabe, intervinieron con sus versos Sánchez-Mazas, Ridruejo y otros poetas, más el propio José Antonio, ha sido himno muy reciclado últimamente, desde el rock heterodoxo a la nostalgia pasatista y belicosa. Es un himno que, aún hoy, no puede escucharse sin emoción e indignación.

Quiere decirse que es todo un himno. Su utilización constante por la ultranza (la última vez, hasta la fecha de este folio, en la calle de Goya, sobre los cadáveres de unos militares asesinados por el terrorismo inconfesable e inconfeso), nos revela que la ultranza no tiene ideas, sino

nostalgias, y que ni siquiera tiene nostalgias propias, sino heredadas, ya que ese himno azotó el pecho de los padres o los abuelos, nunca el pecho de los niños de derechas que ahora lo utilizan con ese automatismo fascista, siempre entre trágico y cómico.

Los neofascismos, la fuerza bruta de la gran derecha (que naturalmente es mucho más que fuerza bruta), la ideología nueva del integrista no es tal ideología, ya que nunca presentan programas, sino nostalgias.

UN ANGEL, UN HIMNO, UN POETA

Un ángel de Sáenz de Tejada, un himno —el de Falange—, un poeta (por ejemplo Foxá en su «Leyenda del César Visionario»), pueden sintetizar bien el atalaje estético - ideológico - emocional del 18 de julio.

Quiero decir, lo que más ha llegado a la calle y pervivido en ella. Tres formas de irracionalismo lírico, como punta de lanza de todo el irracionalismo doctrinal de la Fe, la Patria, la Familia y otras mayúsculas simplificadoras. No es cierto que el arte ni la ciencia ni la música ni siquiera los sueños sean apolíticos. Todo es de derechas o de izquierdas en el sentido de que todo tiende a afirmar o negar, voluntaria o involuntariamente, que el mundo se mueve o no se mueve. Galileo y Copérnico acaban con el homocentrismo y matan a Dios, que se había hecho su santuario en el hombre. Así pues, el irracionalismo poético, pictórico, que por los mismos años del nacimiento de los fascismos es revolucionario —incluso prosoviético— en

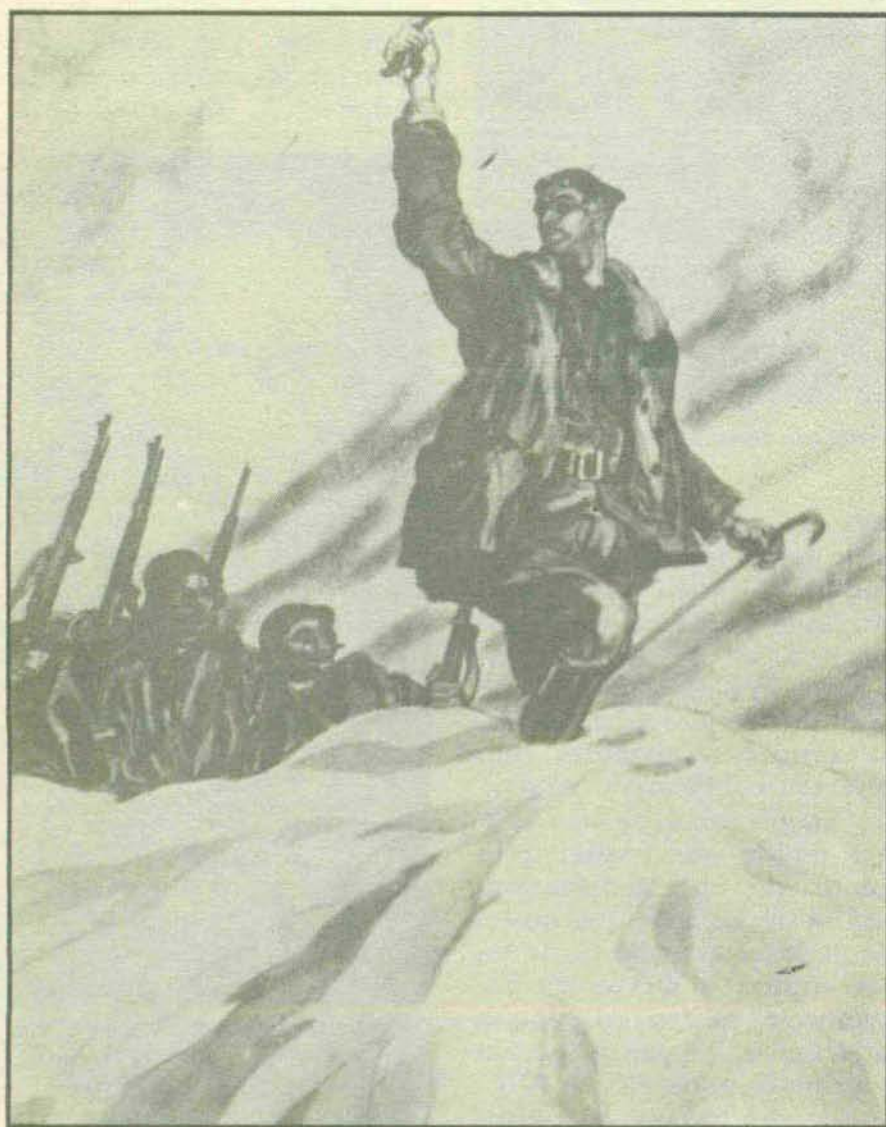


Ilustración de Carlos Sáenz de Tejada.

los surrealistas, resulta reaccionario cuando sustituye una idea por una emoción (el himno o la poesía) y una concepción de la sociedad por un cartel (Sáenz de Tejada). Claro que el otro bando del 18 de julio también usó carteles, pero es que el franquismo iba a quedarse cuarenta años en el cartel. Aquel 'atrezzo' del primer fascismo español (con tránsfugas de las vanguardias, como Giménez-Caballero y tránsfugas del liberalismo orteguiano, como el propio José Antonio), tenía, en todo caso, una calidad estética y una fuerza germinal que ha hecho perdurar todo ello, subliminalmente, incorpo-

rado a la intrabiografía personal del español de derechas (incluso o pese a la tórpida propaganda oficial que lo propiciaba). Esas son las emociones confusas que se mitologizan en el pecho canoso del viejo escritor de «La muchacha de las bragas de oro», por ejemplo, ya sea su modelo Lluis Santa Marina, Ignacio Agustí o cualquier otro «falangista estético» conocido tardíamente por Marsé.

El espíritu del 18 de julio que late en el nuevo fascismo español, no es sino una repetición mecánica, nada creadora, de los mitos de entonces. Alguien dijo que el hombre primitivo inventa el mito



Agustín de Foxá, (1906-1959).

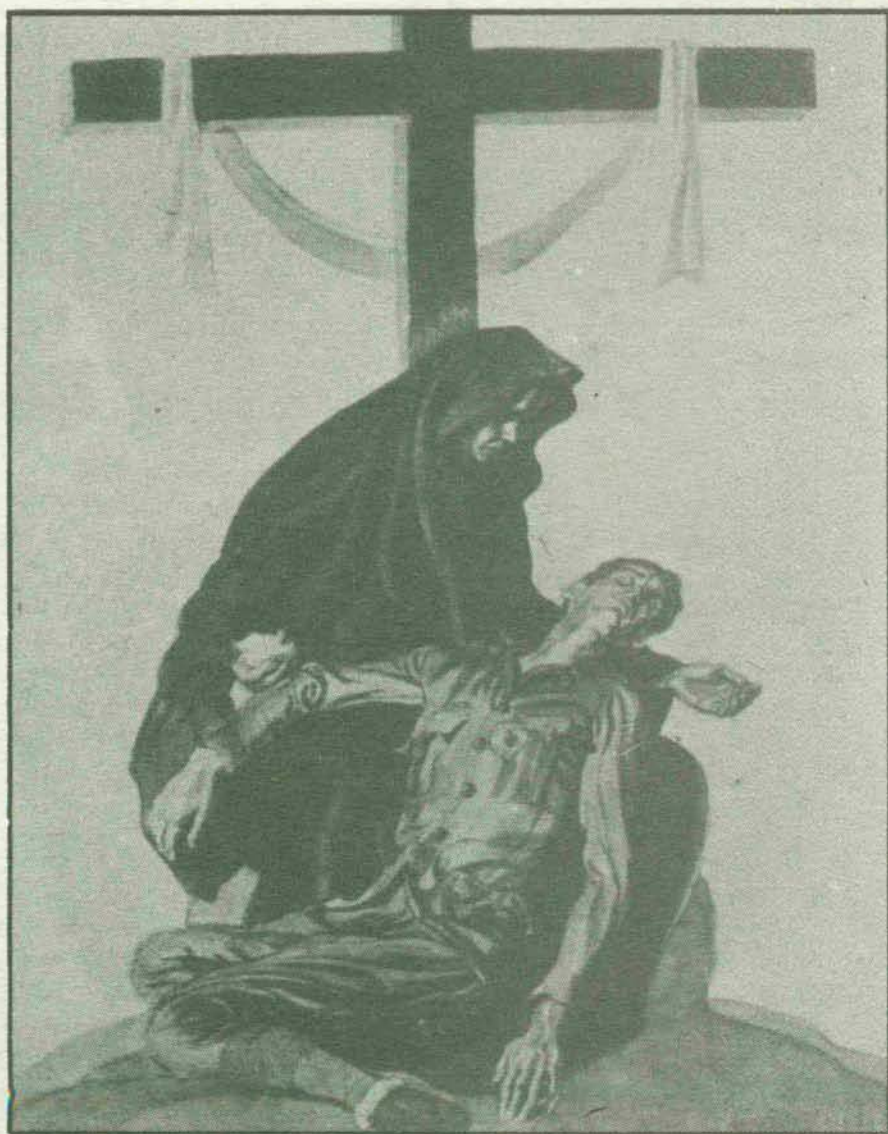


Ilustración de Sáenz de Tejada.

cuando le rebasan los datos. La derecha montará, en lo que tiene de primitiva, se refugia de nuevo en el mito porque se ve rebasada por los datos del mundo actual: la ciencia, el pensamiento, la sociología, la comunicología, el socialismo, la cultura sexual, las nuevas morales, el sentido de obra abierta que Einstein le encuentra al Universo y los pensadores y artistas, en consecuencia, le dan a sus obras.

En cuanto al franquismo sociológico (que es el que hace consumo en la carta política de la derecha, de UCD a Fuerza Nueva o Fraga), es una nueva clase pequeñohedonista, miniepicúrea que sigue queriendo ganar más. El 18 de julio puede que sea para esa memoria colectiva, como mucho, un ángel, un himno, un poema: todo vagamente recordado-olvidado.

Nada. ■ F. U.